

—Escuche usted mejor, procure coger mejor las palabras.

Al día siguiente, el criado dijo:

—Aseguro á la señora que el señor dice, bien claro: «Hay que devolver, hay que devolver», y esto veinte, treinta veces, en voz baja, continua, como si pusiera en ello toda la fuerza que le queda.

Susana resolvió velar ella misma al abuelo, para enterarse. Al día siguiente no pudo levantarse el anciano. Mientras el cerebro se despejaba, las piernas, y poco después todo el tronco, fueron invadidos como heridos ya de muerte. Asustada ella, hizo venir otra vez á Novarre, quien, impotente, la anunció con rodeos el fin próximo. Desde entonces ya no dejó Susana el cuarto. Era grande, con alfombra muy espesa y colgaduras muy pesadas. Rojo todo, de un lujo sólido y algo sombrío, con muebles de palisandro esculpido, un gran lecho de columnas, un espejo muy alto en que todo el Parque se reflejaba. Cuando las ventanas estaban abiertas, se distinguía más allá de las praderas, entre las cimas de los árboles seculares, un inmenso horizonte, el montón de los tejados de Beauclair primero, más allá de los Montes Bleuses, la Crécherie con su horno alto y el Abismo, cuyas gigantescas chimeneas seguían en pie.

Una mañana, Susana se había sentado junto al lecho, después de haber levantado las cortinas para que el sol de invierno entrase, cuando tuvo la emoción de oír hablar al señor Jerónimo. Hacía un momento que, vuelto el rostro hacia una ventana, miraba al lejano horizonte con sus grandes ojos claros. No dijo primero más que esto:

—El señor Lucas.

Susana, que había oído distintamente, quedó un momento sorprendida. ¿Por qué el señor Lucas? Nunca el señor Jerónimo había tenido trato con él, hasta debía ignorar su existencia, á no ser que hubiera, en efecto, tenido conciencia de todo, y esto Susana, hasta entonces, no hacía más que sospecharlo y temerlo. Pero aquella frase era una prueba.

—¿Es «el señor Lucas» lo que usted dice, abuelo?

—Sí, sí, el señor Lucas.

Cada vez lo decía más claro, con más energía, fijos en ella los ardientes ojos.

—¿Y por qué me habla usted del señor Lucas? ¿Es que le conoce, tiene usted algo que decirme de él?

Entonces vaciló él, sin duda porque no encontraba las palabras; después volvió á repetir el nombre de Lucas con impaciencia infantil.

—En otro tiempo—prosiguió ella,—era muy amigo mío; pero hace muchos años que no viene.

Movió él la cabeza vivamente y como si su lengua se soltara poco á poco, encontró palabras.

—Lo sé, lo sé... Quiero que venga.

—¿Quiere usted que el señor Lucas venga á verle? ¿Desea usted hablarle, abuelo?

—Sí, sí, eso es. Que venga en seguida, le hablaré.

Aumentaba la sorpresa y el temor de Susana. ¿Qué podía querer decir á Lucas? Tantas hipótesis penosas veía en aquello, que por un instante quiso eludir aquel deseo, viendo en él sólo una delirante fantasía. Pero estaba él en su cabal razón; la suplicaba con ansia fervorosa, irresistible, agotando las últimas fuerzas. Muy turbada, viendo allí un caso de conciencia, se preguntaba si no sería culpable negando á un moribundo una entrevista de que podían salir las cosas amenazadoras y oscuras que la hacían temblar.

—¿No puede usted hablarme á mí, abuelo?

—No, no, al señor Lucas. ¡Quiero hablarle al momento, al momento!

—Está bien, abuelo; voy á escribirle y espero que vendrá.

Pero al escribirle aquella carta á Lucas, su mano tembló. Sólo fueron dos líneas: «Amigo mío: Le necesito, venga en seguida...» Por dos veces tuvo que detenerse, le faltaba fuerza para llegar al fin de aquellas pocas palabras; de tal modo despertaban en ella los recuerdos, toda su vida perdida, la felicidad á cuyo lado había pasado y que ya no conocería jamás. Eran apenas las diez de la mañana; un muchacho llevó la carta á la Crécherie.

Estaba Lucas delante de la Casa Comunal, terminando su inspección de la mañana, cuando le entregaron la carta, y sin tardar siguió al criado. ¡Pero qué

emoción la suya también, qué enternecimiento de todo su corazón ante aquellas simples palabras: «Amigo mío: Le necesito venga en seguida!» Doce años hacía que los acontecimientos los habían separado, y le escribía ella como si se hubiesen visto la víspera, segura de verle responder á su llamada. Ni un instante había dudado de su amigo, y á él le arrancaba lágrimas verla siempre la misma, fraternal como antaño. Los más terribles dramas habían podido estallar en torno de ellos, todas las pasiones se habían desencadenado, barriendo hombres y cosas, y se volvían á encontrar naturalmente, la mano en la mano, después de tantos años de separación. Cuando con paso rápido se acercaba á la Guerdache, se preguntó por qué le llamaría.

No ignoraba el deseo de Boisgelin de vender el Abismo lo más caro posible; pero él estaba resuelto á no comprarlo. La única solución aceptable era que el Abismo se asociara á la Crécherie, como las demás fábricas de menor importancia habían hecho. Se le ocurrió un instante que Boisgelin debía de haber empujado   su mujer   dar aquel paso; pero la conocía era incapaz de prestarse   tal papel. Y se la figuraba llena de zozobra, necesit ndole en alguna circunstancia trágica. No buscó más, ella le diría lo que quería de él.

Susana esperaba   Lucas en un saloncillo, y cuando entró, creyó desfallecer; tal era su turbación. También él estaba conmovido, salt ndole el corazón. Al principio no pudieron decir una palabra. Se miraban en silencio.

—¡Oh! amigo, amigo mío—murmur  ella al fin.

Ponía en estas sencillas palabras la emoción de todo lo que había pasado en doce años: su separación y sus raros y mudos encuentros, la vida cruel en su hogar ultrajado y manchado, sobre todo la obra que él había cumplido durante este tiempo y que ella había seguido de lejos con alma entusiasmada. Era un héroe, le rendía culto; hubiera querido arrodillarse, curar sus heridas, ser la compañera que consuela y ayuda. Pero otra había venido; por Josina había sufrido tanto, que ya su corazón de amante estaba muer-

to, enterrado en este amor que ignoraban todos y que ella no había querido saber si había existido. Y el ver á su dios ante ella remov a todas estas cosas secretas y profundas, y loca de ternura lloraba y le temblaban las manos.

—¡Oh! ¡Amigo mío; ha venido usted, bastó que le llamara!

Lucas, temblando, con igual simpatía, recordaba también todo el pasado. Sabía con cuanta dignidad y heroismo había luchado contra todos los ultrajes. Permaneciendo en su hogar, defendiendo el honor del nombre, con la cabeza levantada, por su hijo, por ella misma.

Siempre,   pesar de la separación, la había tenido en el alma; había anhelado ir en su socorro. Deseaba probarle que era el de siempre, y por eso venía. Cuando la emoción le dejó, respondió por fin:

—¡Sí, su amigo, su amigo, que no ha dejado de serlo, que esperaba ser llamado para acudir!

Seguían siendo hermanos; lo sintieron tan profundamente, que se abrazaron. Se besaron en las mejillas y como compañeros, como amigos que nada temen de las locuras humanas, seguros de que jams  el uno padecería por causa del otro; de que sólo se infundir an calma y valor. Cuanto la amistad entre un hombre y una mujer puede tener de fuerte y cariñoso, florecía en su sonrisa.

—¡Si usted supiera, amiga mía, lo que sent  al comprender que por mi causa el Abismo iba á hundirse! ¡Qué fe habría sido la mía para no detenerme ante tal pensamiento! A veces me aflig a la idea de que usted debía de maldecirme, de que no me perdonaría jams  ser la causa de sus penas.

—¡Maldecirle yo, amigo mío! Pues si era de los suyos; mis votos eran para usted; sus victorias han sido mi única alegría! ¡Era tan grato, en medio de esta gente que es la mía y que le denigraba, guardar mi afecto secreto, comprenderle á usted y quererle en un santuario intimo ignorado de los demás!

—De todos modos, por mí está usted arruinada.   Qué va á ser de usted, acostumbrada desde la infancia   esta vida de lujo?

—¡Oh! arruinada; otros han sido los que me han arruinado, no usted. Y ya verá lo valiente que soy, aunque me crea tan delicada.

—Pero, ¿y Pablo, su hijo?

—¡Pablo! No podía sucederle cosa mejor. Trabaja. Vea usted lo que el dinero ha hecho de los míos.

Explicó Susana á Lucas por qué le había llamado y le contó las novedades que había respecto al señor Jerónimo. Lucas, también asombrado por aquella resurrección, le dijo que haría cuanto ella quisiera.

—¿Sabe su marido de usted algo del deseo del señor Jerónimo y de mi visita?

Le miró ella y se encogió de hombros.

—No, no he pensado en ello; es inútil. Hace mucho tiempo que creo que el abuelo no sabe ni que mi marido existe. No le habla, no le ve. Además, está de caza desde muy temprano y no ha vuelto todavía.

Después añadió:

—Si quiere usted seguirme...

Cuando entraron en la habitación del señor Jerónimo, éste, incorporado en el vasto lecho de palisandro, apoyada la espalda en almohadas, aún tenía la cabeza vuelta hacia la ventana, cuyas cortinas seguían recorridas. No debía de haber apartado los ojos del soberbio Parque, del extenso horizonte, con el Abismo y la Crécherie en la falda de los Montes Bleues, allá abajo, por encima de los tejados de Beauclair. Era tal espectáculo continua evocación del pasado, del presente y del porvenir durante los largos años que, mudo, tenía este horizonte ante sí.

—Abuelo—dijo Susana,—le traigo al señor Froment. Aquí está, nos ha hecho el honor de venir en segunda.

Lentamente, volvió el anciano la cabeza, fijó en Lucas sus grandes ojos, que parecían más grandes todavía, de una claridad profunda, infinita, y no dijo nada. Ni una palabra de gracias y de bienvenida. Duró el silencio algunos minutos, sin que apartara la mirada de aquel desconocido, el fundador de la Crécherie, como si quisiera conocerle bien, meterle los ojos de moribundo en lo más hondo del alma.

Susana, algo cortada, añadió;

—Abuelo, ¿no conocía usted al señor Froment? ¿Acaso había reparado en él en sus paseos?

No daba señales de oír; tampoco respondió á su nieta. Pero después de un rato, volvió otra vez la cabeza, buscó con los ojos por el cuarto. Y no encontrándolo, acabó por pronunciar una sola palabra, un nombre:

—Boisgelin.

Nuevo asombro de Susana, mezclado de inquietud y disgusto.

—¿Pregunta usted por mi marido, abuelo, desea que esté aquí?

—Sí, sí, Boisgelin.

—Pero es que no ha vuelto, creo. Pero en tanto, debiera usted decir al señor Froment por qué ha querido verle.

—No, no... Boisgelin.

Era evidente que sólo podía hablar delante de Boisgelin. Fué Susana en busca de su marido. Quedó Lucas cara á cara con el señor Jerónimo, sintiendo sin cesar sobre sí sus miradas, de claridad infinita. También él entonces le examinó; vió en él una belleza extraordinaria en la extrema vejez, en su rostro blanco, en sus facciones regulares á las cuales la muerte próxima, ennoblecida por un gran acto, daba una majestad soberana. Mucho esperaron, pero no hubo entre ellos ni una palabra; los ojos sondaban los ojos. En torno, la estancia de espesas colgaduras, sólidos muebles, parecía dormir, sofocada por su pesado lujo. Ni un ruido, ni un soplo, sólo el frío temblor que venía á través de las paredes de los grandes salones cerrados y vacíos, de los pisos enteros abandonados al polvo. Nada más trágico y solemne que aquella espera.

Volvió Susana al fin con Boisgelin, que acababa de entrar. No se había quitado todavía guantes ni polainas, ni la chaqueta de caza, pues no le había dejado ella tiempo de ponerse una americana de casa. Entró inquieto, anhelando saber, pasmado de verse en tal aventura. Su mujer se lo había contado todo, y tan graves sucesos imprevistos le trastornaban, y se veía en una extrema turbación, sin haber podido reflexionar algunos minutos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
MONTERREY, MEX.

—Ea—dijo Susana.—Abuelo, aquí está mi marido. Hable usted si tiene algo que decirnos. Ya le escuchamos.

Pero otra vez volvió el anciano á buscar algo por el cuarto, y no encontrándolo, preguntó:

—Pablo, ¿dónde está Pablo?

—¿También quiere usted que Pablo esté aquí?

—¡Sí, sí, quiero!

—Es que Pablo debe de estar en la Granja. Si se le llama, tardará en venir más de un cuarto de hora.

—Es preciso; ¡lo quiero, lo quiero!

Se cedió; salió corriendo un criado. Y la espera fué ahora todavía más solemne y más trágica. Lucas y Boisgelin se habían saludado sin hablarse, después de tantos años. Nadie movió los labios; sólo se oía la respiración algo fuerte del señor Jerónimo. Miraba otra vez á la ventana, al horizonte que mostraba el pasado vencido, el porvenir naciendo. Pasaban los minutos lentos, regulares, con el ansia de lo que iba á venir, el acto de grandeza soberana que se sentía cercano.

Hubo un ruido ligero de pasos; Pablo entró, sano y sonrosado el rostro, azotado por el aire libre.

—Hijo mío—dijo Susana,—es tu abuelo que nos reúne y no quiere hablar sino delante de ti.

En los labios, tanto tiempo rígidos del señor Jerónimo, apareció una sonrisa de una infinita ternura. Llamó á Pablo por señas, le hizo sentarse lo más cerca posible, al borde del lecho. Para él sobre todo quería hablar, para el último de los Qurignon, cuya raza podía reflorcer y dar todavía frutos excelentes. Viéndole muy conmovido por aquel último adiós, quiso tranquilizarle con sus ojos de abuelo enternecido para quien la muerte era dulce, pues iba á legar á su biznieta la herencia de su larga vida, un acto de bondad, de paz y de justicia.

Después, por fin, habló entre el silencio religioso de todos. Volviendo la cabeza hacia Boisgelin, repitió primero las únicas palabras que el criado le había oído claramente.

—Hay que devolver, hay que devolver.

Y viendo que dudaban, sin comprender lo que que-

rian decir, se volvió á Pablo y dijo con más fuerza:

—Hay que devolver, hijo mío, hay que devolver.

Susana, sobrecogida, había cambiado una mirada con Lucas, que también temblaba. Mientras Boisgelin, con angustia y miedo, fingía creer que se trataba de alguna divagación del anciano, Susana preguntó:

—¿Qué quiere usted decir, abuelo, y qué es lo que tenemos que devolver?

La voz del señor Jerónimo se hacía más clara y fácil.

—Todo, hija mía. Allá abajo hay que devolver el Abismo. Aquí hay que devolver la Guerdache. En la Granja hay que devolver las tierras. Hay que devolverlo todo, porque nada debe ser nuestro, porque todo debe ser de todos.

—Pero, abuelo, explíquese usted, ¿á quién hay que devolver?

—Ya lo he dicho, hija mía. A todos. Nada de lo que hemos creído nuestro, lo es. Si estos bienes nos han envenenado, nos han destruido, es que eran de otros. Por nuestro bien, por el de todos, hay que devolver, hay que devolver.

Y hubo una escena de soberana belleza, de grandeza incomparable.

No siempre encontraba las palabras, pero el gesto acababa el pensamiento. Lentamente, en medio del silencio sagrado de todos, consiguió que le entendieran. Todo lo había visto, oído y comprendido; y como Susana había esperado con ansia temblorosa, todo el pasado volvía, toda la verdad del pasado terrible, que salía en ola inmensa de aquel testigo tanto tiempo mudo, impasible, emparedado en su prisión de carne. Parecía no haber sobrevivido á tantos desastres y á tanta gente más que para sacar de todo un gran ejemplo. El día del despertar, antes de entrar en la muerte, desenvolvía su largo suplicio de hombre que después de haber creído en su raza, dueña del imperio fundado por él, había durado bastante para ver la raza y el imperio arrebatados por el viento del porvenir. Y decía el por qué: juzgaba y reparaba.

Fué primero el primer Qurignon, el obrero tirador que creó el Abismo con algunos camaradas, tan pobre

como ellos, pero más diestro y económico sin duda. Luego él, el segundo Qurignon, que ganó la fortuna, los millones amontonados, en obstinada lucha, héroe de la voluntad, del constante esfuerzo inteligente; pero si había hecho prodigios de actividad y de genio creador, si había ganado el dinero por comprender admirablemente las condiciones de la producción y de la venta, bien sabía que era porque había llegado a tiempo, a la hora de recoger el fruto preparado por las largas generaciones de trabajadores que obraban dentro de él y en él mostraban su fuerza y su triunfo. ¡Cuántos aldeanos sudando sobre la gleba, cuántos obreros gastados por la herramienta habrían sido necesarios para llegar a estos dos primeros Qurignon conquistadores de la fortuna! En ellos se había juntado el rudo anhelo de luchar, de enriquecerse, de subir en la escala social, la emancipación lenta del miserable, encorvado por su faena, en la servidumbre. ¡Al fin llegaba un Qurignon bastante fuerte para vencer, para escapar del calabozo, adquirir la riqueza tan deseada y ser rico, un señor a su vez! Y en seguida, en dos generaciones, la descendencia peligraba, volvía a caer en las luchas dolorosas, debilitada ya por los goces, devorada por ellos como por una llama!

—Hay que devolver, hay que devolver, hay que devolver.

Venia luego la historia de su hijo Miguel, el manirroto suicida, detrás Felipe, muerto en duelo; Laura la infecunda, la mística muerta en el convento. Detrás los dos nietos, Andrés raquítico, medio loco, muerto en un hospital; Gustavo aplastado en Italia robando antes a su padre el suicida, la querida y el dinero. Y en fin, venían su nieta Susana, la cariñosa, tan querida, cuyo marido Boisselin, consumaba la ruina. Cenizas era el Abismo aun caliente vengador de locuras y mancillas. La Guerdache, donde esperaba ver pulular a su raza, era un desierto en torno con sus salones vacíos, su triste Parque a través del cual sólo pasaba el pálido fantasma de la envenenadora, de la corruptora, de Fernanda. Y en tanto que los suyos acababan así, había visto levantarse enfrente una obra nueva, la Crécherie, ahora tan floreciente, llena

de vida por el porvenir que traía consigo. Sabía todo esto porque lo habían visto sus ojos claros, en sus continuos paseos, en horas de muda contemplación delante del Abismo, al sentir los trabajadores, delante de la Crécherie, cuyos antiguos obreros, desertores de su casa, le saludaban; delante del Abismo, otra vez, en la mañana en que de esta casa tan querida sólo quedaban humeantes escombros.

—Hay que devolver, hay que devolver, hay que devolver.

Esta exclamación que sin cesar lanzaba en el flujo de lentas palabras, cada vez con más energía, era la consecuencia de los hechos desastrosos que tanto le habían hecho sufrir. Si todo se había hundido, era porque la fortuna, hecha con el trabajo ajeno, se envenena a sí propia y a todos. El placer que procura es fermento destructor, envilece la raza, desorganiza la familia, trae dramas abominables. La culpa de los Qurignon trabajadores había estado en creer que podían, por su propio bien, apoderarse de la riqueza creada por los brazos de los compañeros. La riqueza al fin, era el castigo. Nada más inmoral que poner por ejemplo al obrero enriquecido convertido en patrono, dueño soberano de miles de hombres encorvados por el trabajo, sudando el dinero con que él disfruta. Cuando se dice: «con orden y con inteligencia ya veis que un simple herrero puede llegar a todo», no se hace más que empujar a la iniquidad, agravar el desequilibrio social. La dicha del elegido está hecha con la desdicha de los demás. Un camarada que sube y se hace amo, cierra el camino a millares de camaradas, vive en adelante de su miseria. Y muchas veces su misma fortuna desproporcionada, presurosa, le mata. La única verdad era volver al trabajo salvador, al trabajo de todo, ganando cada cual la vida, no debiendo la alegría más que a su inteligencia y a sus brazos.

—Hay que devolver, hay que devolver, hay que devolver.

Hay que devolver, porque se muere de robar. Hay que devolver, porque es la única manera de sanar. Por justicia, por interés personal, porque el bien de

cada cual está en el bien de todos. Hay que devolver para sentirse bien, para tener una vida sana y feliz en medio de la paz universal. Hay que devolver, pues, si todos los conquistadores injustos detentadores de la fortuna pública devolviesen mañana lo que derrochan para sus placeres egoístas, los grandes señoríos, las grandes explotaciones, las fábricas, los caminos, las ciudades, vendría la paz en seguida con el amor y la abundancia, sin que quedara un solo miserable. Hay que devolver, hay que dar ejemplo para que aprendan los ricos. Hay que devolver cuando es tiempo todavía, cuando hay cierta grandeza en volver con los compañeros confesándose engañado, tornando á su puesto para el esfuerzo común, esperando la hora de la justicia. Hay que devolver, y así se muere con la conciencia limpia, alegre el corazón, dejando una enseñanza reparadora al último retoño de la raza para que vuelva á levantarla, la salve del error y la haga durar, en la fuerza, en la alegría, en la belleza.

—Hay que devolver, hay que devolver, hay que devolver.

Lloraba Susana viendo á su hijo exaltado con las palabras del abuelo, mientras Boisgelin mostraba sorda irritación con movimientos de impaciencia.

—Pero abuelo—preguntó la nieta,—¿á quién y cómo quiere usted que se restituya?

El anciano volvió á Lucas sus ojos llenos de luz.

—Si he querido que el fundador de la Crèche estuviese aquí, fué para que me oyese y os ayudase, hijos míos. Ya ha trabajado mucho en la obra de reparación, y él sólo puede intervenir en esto y devolver lo que queda de nuestra fortuna á los compañeros, á los hijos, á los nietos de los compañeros de antaño.

Lucas, también ahogado de emoción, estaba, sin embargo, perplejo, comprendiendo la hostilidad de Boisgelin.

—Yo no puedo—dijo,—hacer más que una cosa. Esta, sencillamente: si los propietarios del Abismo quieren, admitirlos en nuestra asociación de la Crèche. Como han venido ya otras fábricas, puede el Abismo aumentar nuestra familia de obreros, dando de pronto

importancia doble á nuestra naciente ciudad. Y si por devolver entiende usted esta vuelta á mayor justicia, camino de la justicia total, yo puedo ayudarle, y lo haré con todo mi corazón.

—Lo sé—respondió lentamente el señor Jerónimo,— y no pido más.

Pero Boisgelin, no pudiendo contenerse más tiempo, protestó.

—¡Ah! no, no es eso lo que yo quiero. Aunque con gran pena, estoy dispuesto á ceder el Abismo á la Crèche. Se discutirá el precio; aparte de la suma fijada, pediré cierta participación en el negocio, que se discutirá también. Necesito dinero, quiero vender.

Era el plan que maduraba hacia varios días, creyendo que Lucas deseaba vivamente los terrenos del Abismo, y que sacaría de él una suma considerable inmediatamente, á más de reservarse rentas para el porvenir. Pero el plan vino á tierra, cuando Lucas declaró con voz clara que anunciaba una voluntad irrevocable:

—Nos es imposible comprar. Eso es contrario al espíritu que nos dirige. No somos más que una asociación, una familia abierta á todos los hermanos que quieran unírsenos.

El señor Jerónimo, que miraba á Boisgelin con firmeza, dijo con tranquilidad soberana:

—Soy yo quien quiere y quien ordena. Mi nieta Susana, aquí presente, copropietaria del Abismo, se negará formalmente á todo arreglo que contrarie mi voluntad. Y estoy seguro que sólo sentirá, como yo, no poder devolverlo todo y seguir cobrando los intereses de su capital, de que dispondrá como decida su corazón.

Boisgelin callaba, se sometía por la debilidad que le causaba la ruina. El anciano continuó:

—No es eso todo; quedan la Guerdache y la Granja. Hay que devolver, hay que devolver.

Entonces, agotadas las fuerzas, con palabra ya difícil, acabó por decir su voluntad. Como el Abismo iba á fundirse con la Crèche, quería que la Granja entrase en la asociación de Combettes. De una vez

Trabajo—Tomo II—9